

El barco negro en la costa. Reflexiones sobre el miedo y la colonización fenicia en la tierra de Tarsis

Carlos G. WAGNER

UCM/CEFYP

PROEMIO

¿Cómo se puede captar y medir el miedo con los procedimientos y técnicas habituales en manos de los arqueólogos?, incluyendo los más sofisticados e innovadores. Extraña pregunta. Y difícil, porque no resulta nada sencillo. ¿E impropia? En absoluto. Aunque estas líneas son parte de un sentido homenaje a un amigo y colega que ejerció entre nosotros el difícil oficio de historiador, gran parte de los que trabajamos con textos escritos del pasado (cuando están disponibles) no rechazamos la investigación arqueológica, ni la consideramos una hermana menor. Tampoco sentimos envidia de ese pretendido carácter “científico” del quehacer arqueológico (¿aún seguimos con esas?). Esta es además, una publicación de Historia (Antigua) sacada adelante con el esfuerzo de un Departamento de Historia Antigua, donde, sin embargo, se hace Arqueología. Pero confesamos sentirnos inquietos ante la pregunta con que comenzaba el párrafo. ¿Quieren nuestros colegas arqueólogos lanzarnos una mano?

Alguien –más bien pocos– maliciosamente responderá: ¿Cómo se puede captar y medir el miedo con los procedimientos y técnicas habituales en manos de los historiadores? Se puede, sin duda. Lo cual no quiere decir que siempre resulte sencillo. Pero esa no era la cuestión. También se puede, cuando la palabra y los sentimientos que evoca ha sido barrida por el transcurso del tiempo y solo disponemos de los restos materiales de un comportamiento al que sirvió de inspiradora. O instigadora. Se puede. Pero, ¿qué conseguimos con ello y sobre todo, como lo conseguimos? He aquí la doble y penetrante naturaleza de la incógnita que a algunos nos inquieta. Y nuestro querido Juan Cascajero, cuya ausencia pesa en nosotros con esa alegría y esa vitalidad huida tan temprano, conversaba a menudo de ello. El miedo, como un factor presente casi siempre, por no decir siempre, en el transcurso de los tiempos históricos. Escandalícense los ingenuos. El miedo en las relaciones de clase, del oprimido al opresor y, a la inversa, el miedo del opresor a la reacción de los oprimidos. El miedo a que se sepa la, no diré verdad, sino realidad. La tergiversación, manipulación, o la ocultación como su resultado. El miedo en las relaciones de género, que últimamente tanto le preocupaban, las mujeres invisibles, ocultas, amenazadas.

Si, de estas cosas conversábamos a menudo ¡delicia y gran suerte para nosotros!, y de cómo los textos no contaban todas las realidades, sino tan solo la que convenía en cada caso a los poderosos. Y de cómo poder llegar a oír la voz de los sin voz en la Historia, otra de sus recurrentes preocupaciones. Ah!, y de los arqueólogos, como

Carandini y su escuela que tempranamente se habían planteado cuestiones tales como la explotación del hombre por el hombre. El!, un historiador, un hombre de textos, que sin embargo desconfiaba profundamente de ellos.

¿Podemos los que trabajamos, además de con textos, con los resultados de la investigación arqueológica desconfiar también de ellos? Debemos. No son sino una construcción intelectual nuestra y como tal, dirigida por nuestras preferencias, obsesiones y nuestros miedos. ¡Hombre, no me diga! ¿Que pintan también aquí los miedos? Mucho, miedo al salirnos del camino trazado por el mentor y maestro, miedo a parecer inconvenientes a nuestros colegas, miedo, en fin, a denunciar el paradigma dominante, miedo a reconocer que la teoría de otro es mejor que la nuestra. ¿De verás quieren que siga?

Volvamos, pues, a la pregunta de partida. Y acotémosla (de acuerdo, eso sí, a nuestros intereses personales). ¿Cómo se puede medir el miedo en el seno de las relaciones que se establecieron con la presencia de los colonizadores fenicios en la tierra de Tarsis. Um, la verdad es que mucho esfuerzo no se ha hecho. ¡Diantres!, y, entonces ¿qué? No me irá a decir que ha sido por miedo... Lo cierto es que echando una mirada retrospectiva al asunto nos encontramos con el tema poco tratado. Sí, ¡hombre, si!, ¡ánímese!, aquello era un país de jauja donde nadie trabajaba las minas de plata, algo que en la Antigüedad sólo hacían los esclavos (¿esclavos dice? No empiece con esa monserga...) ni se envenenaba con los vapores resultantes de la copelación. Todos eran dichosos, la riqueza fluía por doquier, no se sabe muy bien como (ah!, ¿pero hay que saberlo?), y felices unos de ser los colonizadores y otros de resultar colonizados. Si hasta era ventajoso para ambos ¿sabe?, nada de disturbios, violencia, conflictos o...miedo. Ah, y los indígenas estaban encantados de regalarles sus tierras, y sus mujeres, a los colonizadores, y no se les ocurría ni por un instante percibirlos como una amenaza, ni siquiera potencial. ¡No, hombre, no! Esas cosas no pasan nunca.

Bueno, prescindiendo del tono jocoso, esto es lo que se aprecia en muchas de las reconstrucciones que se hacen. Hay que reconocerlo, son minoría los que lo ven con otros ojos. Pesimitas, cenizos, resentidos, o algo peor ¿quién sabe? ¡Con lo tranquilos que estábamos en nuestra feliz tierra de Tarsis!. Pero es que al lado del paradigma oficial, abriéndose paso poco a poco con mucho esfuerzo y dificultades, algunos, historiadores, arqueólogos, historiadores-arqueólogos y arqueólogos-historiadores, han comenzado a plantear las cosas de otra manera. Menudo descaró!. Y encima están empeñados en explicarlo. Dicen que es parte de su compromiso. Y de su oficio.

Pongamos ejemplos. Eh!, un momento, ¿de verdad es realmente necesario?¿ No habíamos quedado que los fenicios eran unas gentes pacíficas y de buen carácter, como corresponde a un pueblo de navegantes y mercaderes? Gente incapaz de albergar siniestras intenciones y de hacerle daño a nadie. Ah, sí, lo de las últimas investigaciones sobre Tiro¹. Bueno ahora parece que los tirios, desde mediados del siglo XI, iniciaron una activa y violenta política de expansión territorial por la costa en

¹ Ah, una nota, al fin. Será la única. En último término, si decide seguir leyendo estas páginas, hallará una relación bibliográfica, así que no piense más en ello.

dirección al Monte Carmelo y en las colinas de la alta Galilea. Algunos asentamientos de los Pueblos del Mar resultaron destruidos. Luego atacaron a las gentes de Kitión en Chipre, que habían rehusado pagar tributo y también fundaron una colonia en territorio del reino de Biblos, en un gesto arrogante y nada amistoso. Pero bueno nada más. No hay por que pensar que se fueran a comportar de modo parecido en un país extraño y lejano, como la tierra de Tarsis.

EXCURSO

Frente a la visión generalizada de una colonización pacífica y un encuentro entre culturas que resultó muy beneficioso para ambas partes, algunos agoreros insisten en presentarnos un panorama muy distinto. ¡Que barbaridad! ¿No tienen otra cosa mejor que hacer? Bueno, no se preocupen; la lista no es larga.

El primero en llamar la atención sobre las relaciones no tan pacíficas entre los fenicios y la gente de aquí fue un colega ruso, Ju. B. Tsirkin,, un historiador muy ducho en el manejo de los textos de la Antigüedad, sobre todo en lo que concierne al mundo fenicio y a la propia Península Ibérica, que se halla bien al corriente de las últimas aportaciones de la investigación arqueológica. Hace nada menos que diez años manifestaba su desconfianza en el paradigma dominante, insistiendo en la existencia de claros indicios que hacen dudar de una supuesta “coexistencia” pacífica generalizada entre los fenicios y los autóctonos en la Península Ibérica, y ¡aportando datos extraídos de los textos! Bueno, ya se sabe; estos rusos...

Luego, ha sido nuestro amigo y colega Francisco Moreno Arrastio, un historiador que hizo su tesis doctoral sobre los códigos de poder en el Bajo Imperio. Ah!, pero resulta que también excava y ha excavado bastante. Entonces también es arqueólogo ¿no? En una de sus excavaciones en Las Herencias se topó con unas estelas decoradas del S.O, y esto le incitó a interesarse por el tema. ¡Mira tú!. Tanto se interesó que llegó a desarrollar una teoría propia, que él mismo ha denominado “modelo pesimista”, así que se le ve bastante el plumero. Venía a decir que el propio hecho de la aparición de monumentos con la representación de armas y cuerpos humanos estaría denotando un cambio en el que aquellas ya no se limitarían a ser simples bienes de prestigio y éstos encuentran un nuevo sentido económico que antes no tenían, argumentando que corresponden al surgimiento de un modo de producción en el que la caza del hombre, destinada al comercio de esclavos, en los territorios limítrofes a aquellos en que se distribuyen mayoritariamente las estelas y que sufren procesos de encastillamiento y de despoblación contemporáneos, desempeñaría un papel predominante. Estos esclavos serían luego en parte empleados en la explotación de las minas de Tarsis. ¡Que manía con los esclavos!

No contento con ello, a vuelto a insistir en dos trabajos posteriores en el espino y muy poco políticamente correcto asunto de las presuntas relaciones de carácter conflictivo entre colonizadores y colonizados. ¿Qué conflictos?, ¿Dónde había conflictos? ¿Es que no sabe que todo estaba mutuamente pactado y negociado, como ocurre siempre en este tipo de situaciones. Ah, ya, es que él considera, que, en cualquier caso, el reconocimiento de la existencia de estos pactos no implica una garantía de coexistencia pacífica generalizada y permanente. Dice que es desde nuestra

preocupación actual en los mecanismos que evitan los conflictos que preferimos ignorar que en muchas ocasiones la existencia de pactos no es tanto un recurso que asegure la convivencia, cuanto una amplia precaución, una respuesta adaptativa del grupo que se sabe débil en el contexto del contacto colonial.

Además, afirma que las relaciones no manifiestamente violentas pueden no enunciar más que una colaboración aparente, una resistencia pasiva que no excluye en modo alguno la existencia del conflicto o la adopción de medidas precautorias en las que la aparición de pactos o acuerdos puede hacernos invisibles la presión, o mismamente, el miedo. Pero, además, en caso de conflicto violento, la violencia abierta y manifiesta en su expresión más agresiva y descarnada puede resultar bastante invisible ante la falta de datos condicionada por el estado del registro arqueológico, a la vez que muy oscurecida, por no decir del todo ignorada, por los propios marcos lógicos utilizados en la interpretación desde una perspectiva que pone el énfasis en las formas ritualizadas de amortiguar o evitar los conflictos, una preocupación que suele resultar más nuestra que de aquellas gentes, más interesadas en aprovecharse y protegerse de sus conflictos que de apaciguarlos. Aún llega más lejos al proponer la posibilidad de que la despoblación observada por algunos investigadores en el valle del Guadalquivir previa a la eclosión del poblamiento del Bronce final a partir del siglo IX a. C. estuviera relacionada directamente con las actividades fenicias en la consecución de esclavos. Bueno, ya ha conseguido amargarnos el día.

El tercero de la lista es el colega, José Luis Escacena, un excavador nato forjado en la arqueología prehistórica, que últimamente ha dado con la Caura tartésica donde ha descubierto, además, varios santuarios fenicios superpuestos y parte de un barrio del mismo origen. ¡Que tío!. Este autor es también uno de los pocos que no considera que la convivencia entre unos y otros fuera un camino de rosas, sino más bien todo lo contrario. ¡Vaya hombre!, con lo bien que había empezado... En su opinión el registro arqueológico muestra con claridad la coexistencia difícil de dos mundos que se vieron uno a otro distintos en el marco de unas relaciones tan conflictivas como muestran otras muchas colonizaciones históricas por doquier. Ahí es nada.

Y llegamos al cuarto y último. Ya les dije que la lista era corta. Se trata de Carlos G. Wagner. Ah!, a este le conocemos bien. Es un historiador mediocre que, aunque cita muchos trabajos de índole arqueológica, no ha excavado en su vida, a excepción de cuando era estudiante; pero se hacía un lío tan grande con el teodolito y la piqueta que decidió dejarlo correr. Además, no es más que un oportunista de la peor calaña siempre dispuesto a subirse al carro que a él le parece que rueda más ligero, lo que ocurre es que a menudo se equivoca en la elección, ¡el muy cretino!. Ya lo hizo hace tiempo, apuntándose a la hipótesis de Whitaker de una colonización agrícola fenicia en la Península Ibérica. El y, su amigo, Jaime Alvar, estuvieron insistiendo en el asunto durante años, aunque con escaso éxito. Pero hombre, ¿a quién se le ocurre? ¿Acaso no sabemos que los fenicios, como buenos navegantes y mercaderes, además de gentes pacíficas, se quedaban siempre pegaditos a la costa sin ocurrírseles ir un poco más allá y asentarse entre las comunidades indígenas? A la vista de los magros resultados obtenidos –el paradigma dominante goza de buena salud– últimamente han reformulado su hipótesis de partida y la han convertido en presencia fenicia en el interior, tan ricamente. No les auguramos mejores resultados.

Bueno, pues el tal Wagner se ha subido ahora al carro del conflicto, la violencia y el miedo, con un artículo de pretencioso título. Bah, dejémoslo, en realidad no viene a decir nada interesante.

MEOLLO

Pero ¿y si estubiesemos equivocados? Pensemos, por ejemplo, en dos comportamientos cuyos vestigios materiales nos puedan acercar a la cuestión planteada. De momento, se me ocurren dos: la fortificación y el desarraigamiento. Empecemos por el primero. Parece obvio que todos tenemos claro en que consiste el fortificarse, lo que no parece tan obvio para muchos son los motivos. ¿Qué comportamiento se puede detectar entonces tras los restos materiales de una fortificación? Dicho de otra manera, cuando alguien se fortifica ¿en que está pensando? En miedo. Un miedo que puede ser tenue o precautivo o también, según los casos, intenso y atropellado. ¿Y cuando se fortifican ambos?, colonizadores y colonizados. La respuesta es clara: ambos tienen miedo.

Veamos que hicieron los colonizadores al respecto. Anda, ¡mira!, se fortificaron. En ocasiones se fortificaron. Por ejemplo, en el Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María (Cádiz)), situado a los pies de la pequeña Sierra de San Cristóbal los fenicios construyeron desde mediados del siglo VIII a. C. un elaborado sistema defensivo que constaba de una recia muralla reforzada con bastiones circulares, erigida sobre un zócalo de mampostería sobre el que se levantó el paramento hecho con piedras irregulares trabadas con arcilla, que conserva más de tres metros de anchura. Sobre esta muralla se construyó otra más moderna, aunque ambos trazados no coinciden en su totalidad. Delante de ella construyeron además un foso de sección triangular excavado en la roca de tres a cuatro metros de profundidad y con una anchura que en ocasiones sobrepasa los diez metros. ¡Uf, vaya trabajo que se tomaron!. Este sistema defensivo no sugiere precisamente un clima de cordial “coexistencia” con las poblaciones vecinas sino, más bien, una amenaza latente, ¿no? Miedo precautorio. Por mucho que se invoque –se invoca– el contenido simbólico de la muralla como delimitadora del espacio sagrado de la ciudad y otras cosas por el estilo, lo cierto es que hizo falta reforzarla con un foso que parece no tener otra función que la de hacer más difícil el avance de posibles enemigos. ¡Buena precaución!. Pero, un momento, ¿no sería parte de un sistema arquitectónico que se importa de Oriente, sin más, sencillamente porque queda bonito? Porque quedar bonito... ¡queda!. Ah, bueno, que un experto en el tema dice que conviene no exagerar el papel simbólico y propagandístico de una muralla, pues si bien es cierto que ésta puede llegar a ser una de sus funciones, su carácter primordial no es otro que asegurar una buena defensa militar. Bien, si él lo dice... Pero, ¿a quién podían tener miedo los fenicios de Doña Blanca? A ver, veamos, las gentes indígenas que se entierran en la vecina Sierra de San Cristóbal resultan, a todas luces, los candidatos más idóneos.

Algo similar, aunque de fecha más tardía, nos encontramos en La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante), donde en la reutilización de diversos materiales, como restos de molduras arquitectónicas formando gola y casi una decena de este-

las-betilo, en la muralla que comienzan a construir los fenicios del lugar hacia el 630 a. C. se advierte claramente la premura de los trabajos y la existencia de una amenaza inminente. Vamos, que tenían prisa. Miedo intenso y atropellado. Aquí, al igual que en Doña Blanca y en el cercano Cabezo del Estaño, un fortín que aseguraba el control del territorio a los fenicios de La Fonteta, el flanco exterior de la muralla presentaba a 4 m. de distancia un impedimento complementario contra posibles asaltos: un foso de sección triangular de 2,5 m. de ancho. Es seguro incluso, a juzgar por los restos observados en algunos puntos, la existencia de un glacis de barro entre el forro en talud externo de la muralla y el borde del foso, lo que impedía aún más el acceso y el minado de éstas, a la vez que protegía de las fuertes lluvias la estructura defensiva. Parece que no se quedaron cortos a la hora de tomar precauciones. En cualquier caso la reutilización de materiales antiguos en la construcción de la muralla de La Fonteta, algunos de ellos procedentes sin ninguna duda de algún recinto sacro, indica un trabajo realizado con mucha premura, lo que explicaría que su base, en la que se clausura un floreciente taller metalúrgico, no fuera la suficientemente compacta y firme, por lo que se emplearon tirantes de amortiguación, y, claro está, una situación de alarma ante una amenaza que se presentía considerable, pues hizo falta reforzarla con un foso y un terraplén. Vaya, pues si que estamos buenos...de donde procedía la amenaza ¿se sabe? El asunto resulta oscuro, más que nada por falta de datos, pero nadie en su sano juicio se da tanta prisa en fortificarse si el peligro no resulta inminente. En fin, habrá que seguir investigando el asunto.

¿Un último ejemplo? ¡Vaya, aún hay más!. En torno al 600 a. C. o un poco después, en el asentamiento fenicio de Toscanos, que ya contaba con un foso de sección triangular, que servía para marcar el asentamiento e impedía de paso cualquier tipo de acción por sorpresa, pero no garantizaba una protección en condiciones ante un ataque bien organizado, se construye ahora una muralla que recorre la cima del vecino cerro Alarcón, impidiendo el paso tanto desde el río Vélez como por la hondonada situada encima del yacimiento, lo que puede que esté sugiriendo una amenaza concreta, procedente bien del río o del otro lado del puerto de Zafarraya. Un cambio en la situación. Aparece el miedo, antes, al parecer, inexistente. ¿La causa? Habrá que investigarlo.

¿Y los indígenas? También se fortificaron. ¡No me diga!. Si, y lo curioso es que, en muchos casos, se fortificaron *a posteriori*. Mientras que en el siglo VIII a. C. la mayoría de los asentamientos permanecen sin amurallar, a excepción del debatido bastión de Carmona y las murallas de Ategua y Tejada la Vieja, a partir del VII lugares como Puente Tablas, Vinarragel y el Alt de Benimaquía cuentan con una muralla desde el primer momento, a la vez que se fortifica Peña Negra. Pero esto no ocurre solo en la Península. También sucede en las islas. En Mallorca, el asentamiento talayótico de Sa Morisca se fortifica de forma extraordinaria mediante una muralla que cierra su parte más elevada y se levantaron tres torres de planta circular irregular, estratégicamente colocadas para tener un perfecto dominio visual de los puntos costeros más sensibles a un desembarco. En la zona más alta de la cumbre se alzó aún otra torre desde la que se dominaba un horizonte de 360°. Vaya, se trata de una gran cantidad de trabajo y coincide en el tiempo con la presencia de evidencias arqueológicas de unos primeros contactos, de tipo “precolonial” por parte de los fenicios de Ibiza. ¿Por qué tanto interés en vigilar permanentemente los lugares de

atracada si el intercambio, como se ha supuesto, era beneficioso para todos? En cualquier caso, un miedo latente, precautorio, parece haber estado bien presente.

Volviendo a la tierra de Tarsis, murallas de doble lienzo de mampostería con relleno de piedras protegidas en ocasiones por bastiones de planta circular o rectangular se van a construir desde finales del siglo VIII a finales del VI en Niebla, Carmona, Cerro de San Cristóbal de Estepa, Ategua, Torreparedones, Cerro de las Cabezas de Fuente Tojar, Puente Tablas y Granada. Por supuesto, todo esto se pone en correlación con la eclosión del fenómeno urbano en la tierra de Tarsis durante el periodo orientalizante, pero aunque la muralla sea un componente típico de la ciudad –Atenas y la propia Roma no tuvieron grandes murallas hasta un determinado momento– también son una expresión clara del miedo. Pero miedo ¿a quién? En este caso los colonizadores fenicios no son los únicos candidatos. Puede haber sobrevenido el miedo, a la par que la guerra, entre los indígenas. Un análisis más territorial ayudaría bastante a esclarecer las cosas. Por ejemplo, en el litoral occidental malagueño, a lo largo de la primera mitad del siglo VII a. C. desaparecen algunos de los poblados autóctonos más importantes, como Cerro Alcorrín, donde se acaban de reanudar las investigaciones, y que llegó a alcanzar cinco hectáreas y tenía una potente muralla reforzada con bastiones circulares, mientras que en las inmediaciones de los asentamientos fenicios se produce el abandono de poblados indígenas existentes en las tierras llanas o su sustitución por enclaves de población fenicia y la aparición de otros fortificados. Fortificación y desraigamiento, otra de las formas en que se hace patente el miedo.

Este desarraigamiento se produce también en otros lugares. En la depresión de Vera, donde la implantación colonial fenicia arcaica está documentada en Baria/Villaricos, en la desembocadura del Almanzora así como en Garrucha, en la del Antas, se ha observado como fenómeno relevante la alteración que experimenta el poblamiento indígena tras la llegada de los colonizadores fenicios. Mientras que a comienzos del primer milenio se articulaba en pequeños asentamientos que ocupaban las tierras fértiles, éstos desaparecen tras la presencia fenicia, y solo perduran algunos sitios relacionados con actividades mineras.

¿En qué está pensando alguien que abandona, más o menos precipitadamente, el lugar en el que han vivido durante generaciones él, su familia, vecinos y ancestros? ¡No me lo diga!, no me lo diga, sí, ya se, algún tipo de miedo. Sí, en efecto, miedo, sobre todo, a quedarse. Pero ¿por qué? ¿Qué ha cambiado entre antes y ahora? En algunos de los casos observados lo que ha cambiado es la presencia fenicia sobre la costa. Esta presencia es el factor realmente nuevo. La pregunta es ¿constituye el desarraigamiento, en otras palabras, el miedo a quedarse, una respuesta a la presencia fenicia?

¡Anda ya!.. No pretenderá convencernos de que los indígenas, bien asentados en un territorio que conocen y controlan a la perfección, sienten como una amenaza la presencia de un pequeño grupo de colonos fenicios ¿eh? ¿Lo de Cerdeña?, no viene al caso. Que las ciudades fenicias de la isla, como Tharros iniciaran, en el curso del siglo VII a. C., la ocupación violenta de los territorios, lo que supuso la destrucción o el abandono de los asentamientos indígenas y la fundación de centros fenicios que aseguraban el control territorial en un área de unos 10 km y el acceso a los recursos agrícolas, a los yacimientos de metales y a las salinas, no quiere decir, ni mucho

menos, que aquí hubiera tenido que ocurrir algo parecido. ¡Ya se sabe lo belicosos que eran los sardos!. Por el contrario, la gente de la tierra de Tarsis era pacífica y gentil. No hay armas en las tumbas ¿no? Bueno, alguna, pero poca cosa.

Además, muchos de los pequeños y medianos asentamientos fenicios en la costa no parecen estar fortificados en su origen. Si bien ocupaban en su mayoría terrenos en islotes o ensenadas que garantizaban cierta protección, poco podían hacer en su defensa en caso de un ataque masivo desde tierra o una amenaza directa desde el mar. Así que estaban tan tranquilos. ¿Qué dice? ¿Qué nos fijémonos en este último punto? Ah, si, el mar ha sido considerado siempre un factor económico importante, desde luego, así como un factor de comunicación pero también de inseguridad. De ahí la costumbre de muchas de las poblaciones litorales de todas las épocas y países de no asentarse a pie de playa, sino algo más retirados hacia el interior, en una loma o cerro próximo que garantice una cierta protección y, sobre todo, tiempo de reacción en caso de una amenaza procedente del mar. Los fenicios constituyen la excepción. ¿Y qué? Aquí y en todas partes. ¿No se sentían inseguros instalados a pie de playa? ¿No sentían ningún tipo de miedo de una posible amenaza procedente del mar? Parece que no. Al menos en la mayoría de los casos. ¿Qué eso le lleva a plantearse otra cuestión? Si los indígenas se fortifican o se marchan ¿no serían entonces los fenicios la auténtica amenaza? No parece que sintieran mucho temor a que alguien pudiera atacarles desde el mar, por lo menos para la época arcaica. Sin embargo los indígenas, como hemos visto, se comportan de una manera totalmente diferente. ¿Quién temía a quién?

Todo esto induce a pensar, aunque por ahora no pueda demostrarse de forma clara y contundente, como gustan muchos colegas, en la nada despreciable posibilidad de que la auténtica amenaza, real o potencial, fuera la propia presencia de los fenicios. Parafraseando a los clásicos, el miedo al barco negro en la costa pudo haber sido el motivo de aquellos que se marchan o acaban fortificándose.

CONCLUSIÓN

Pero hombre, ¿qué es todo esto? Unas pocas páginas sobre el miedo que son de risa. ¿A dónde quiere llegar? Y ese tonillo tan poco académico en el que aflora una mal disimulada ironía ¿qué es lo que pretende? Y esa insistencia sobre el miedo, miedo de unos a otros, dice, como si a alguien pudiera importarle.. ¿A quién quiere convencer? ¿Y a qué tantas preguntas, si ya se contesta ud. solito?

Solo pretendía convencerme de que no estaba disparando. En realidad ya estoy bastante convencido, pero siempre es bueno contrastar con los demás. Tampoco trato, en modo alguno, de resolver ningún peliagudo problema científico. No es éste el lugar, el momento, ni la intención. Ni la cuestión principal. Lo que realmente me parece inquietante es si resulta oportuno plantearse tales tipos de preguntas. Oportuno y eficaz. ¿Sirve para algo? Debería. Por eso las planteo. Una pregunta no es más que el pequeño comienzo de una hipótesis de trabajo que tendrá que ser o no revalidada posteriormente. Habrá que seguir trabajando en esta dirección para averiguar si estaba en lo cierto. ¿No es esa, en definitiva, la esencia de la investigación?

Eh, ¡oiga!, ¿qué clase de conclusión es esa?

EPÍLOGO

En todos los coloquios, reuniones, seminarios, congresos a los que he asistido en los últimos años no he escuchado una sola palabra, no ya sobre el miedo –iluso de mi– sino sobre trabajo forzado, servidumbre o explotación que son circunstancias bien proclives a producirlo. ¡Qué buen rollito!. Los indígenas que trabajaban para los fenicios –y los había– lo hacían libremente, eran bien tratados y mejor alimentados e iban cada día contentos y felices al tajo, como los enanitos de Blancanieves iban al bosque a trabajar. Pero ¿qué cuento es éste? ¿Alguien en su cabales puede dar crédito a semejantes cosas? Parece ser, ya que no se dice lo contrario. Y la literatura científica, salvo excepciones que he reseñado, sigue la misma senda. Es más, se insiste, como se ha hecho últimamente, en la negociación como estrategia fundamental en el encuentro entre indígenas y colonizadores. ¡Y nada de intercambio desigual!. Aquí todo el mundo salía ganando y se beneficiaba proporcionalmente. Las armas, como las puntas de flecha que encontramos por doquier, son objetos de prestigio y elementos de intercambio y no sirven para matar y, sobre todo para dar miedo. ¿Desde cuando las armas dan miedo?

P. D (pero, ¿es que no se acaba nunca?): Respecto al tonillo de indisimulada ironía y aire ciertamente jocosos, se muy bien que te habría agradado, querido Juan. Reírse de lo aparentemente serio e incuestionable, ayuda muchas veces, como tu decías, a ver las cosas desde otra perspectiva. Y disipa el miedo (al menos, el académico). Lo cierto, por ortodoxo, parece entonces incierto, lo que estimulará el trabajo de despejar dudas e incógnitas. Tanto como reírse de uno mismo. Ahora bien, no confundamos las cosas, el miedo no es cosa de risa.

BIBLIOGRAFÍA

- AUBET, M^a E., “Aspects of Tyrian trade and colonization in the Eastern Mediterranean”, *Münstersche Beiträge zur Aintiken Handelgeschichte*, XIX, 2000, pp. 70-120.
- BEN-AMI, D., “The casamate fort at Tel Harashim in Upper Galilee”, *Tel Aviv*, 31, 2004, pp. 194-208.
- DÍES CUSÍ, E., “La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (s. VIII-VII)”, *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, (D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez, eds.), Madrid, 2001, pp. 69-121.
- ESCACENA, J. L., “Dioses, toros y altares. Un templo para Baal en la antigua desembocadura del Guadalquivir”, *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*, Sevilla, 2002, pp. 33-75.
- “Tartessos (des)orientado”, *XVIII Jornadas de Arqueología fenicio-Púnica*, Ibiza, 2004, pp. 7-55.
- ESCACENA, J. L.; IZQUIERDO, R., “Oriente en Occidente: Arquitectura civil y religiosa en un “barrio fenicio” de la Caura tartésica”, *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, (D. RUIZ MATA y S. CELESTINO PÉREZ, eds.), Madrid, 2001, pp. pp. 159-171.

- GARCÍA MENERGAZ, A., “Avance sobre las excavaciones en yacimientos con fases del Hierro Antiguo en el tramo final del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)”, *XXII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1995, pp. 225-29.
- GONZÁLEZ PRATS, A., “La Fonteta. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-7”, *Rivista di Studi Fenici*, XXVI, 2, 1998, pp. 191-228.
- GONZÁLEZ PRATS, A., y RUIZ SEGURA, E., *El yacimiento fenicio de La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante)*, Valencia, 2000.
- GUERRERO AYUSO, V. y CALVO TRÍAS, M., “Indígenas y colonos. Intercambios aristocráticos y comercio empórico en la protohistoria Balear”, <http://www.talayots.com/articulos/morisca.PDF>
- LÓPEZ CASTRO, J. L., “Hacia una definición del territorio colonial fenicio en el sur de la Península Ibérica”, *Preactas del III Congreso Peninsular de Historia Antigua*, vol. 2, Vitoria, 1994, s. c.
- “Fenicios e iberos en el Almanzora: territorio y recursos”, *II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios: fenicios y territorio*, Alicante, 2000, pp. 99-119.
- LÓPEZ PARDO, F. y SUÁREZ PADILLA, J., “Aproximación al conocimiento del paleoambiente, poblamiento y aprovechamiento de los recursos durante el primer milenio a. C. en el litoral occidental de Málaga”, *Ecohistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia, 2003, pp. 75-91.
- MORENO ARRASTIO, F., “Conflictos y perspectivas en el periodo precolonial tartésico”, *Gerión*, 17, 1999, pp. 149-177.
- “Tartessos, estelas, modelos pesimistas”, *Actas del I Coloquio del CEFYP: Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo* (P. Fernández Uriel, C. G. Wagner, F. López Pardo, eds.), Madrid, 2000, pp. 153-174.
- “Sobre anomalías e interpretación de los objetos orientalizantes de la Meseta”, *Gerión*, 19, 2001, pp. 99-125.
- RUIZ MATA, D., “Los fenicios de época arcaica –siglos VIII/VII a. C.– en la bahía de Cádiz. Estado de la cuestión”, *Estudios Orientais*, IV, 1993, pp. 23-72.
- “Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)”, *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, (D. RUIZ MATA y S. CELESTINO PÉREZ, eds.), Madrid, 2001, pp. 251-274.
- SCHUBART, H., “Alarcón. El yacimiento fenicio y las fortificaciones en la cima de Toscanos”, *II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios: fenicios y territorio*, Alicante, 2000, pp. 263-294.
- STERN, E., “Phoenicians, Sikils, and Israelites in the light of recent excavations at Tell Dor”, *Phoenicia and the Bible* (E. Lipinski, ed.) *Studia Phoenicia*, XI, Louvain, 1991, pp. 85-94.
- STIGLITZ, A., “Città e campagna nella Sardegna punica”, *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia, 2002, pp. 111-128.
- “Confine e frontiere nella Sardegna fenicia, punica e romana: critica all'immaginario geografico”, *L'Africa romana*, XV, Roma, 2002, pp. 807-820.

TORRES ORTIZ, M., *Tartessos*, Madrid, 2002.

TSIRKIN, Ju. B., “The Phoenicians and Tartessos”, *Gerión*, 15, 1997, pp. 243-251..

VIVES-FERRANDIS SÁNCHEZ, J, *Negociando encuentros: situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VII-VI a. C.)*, Barcelona, 2006.

WAGNER, C. G., “Aspectos socioeconómicos de la expansión fenicia en Occidente: el intercambio desigual y la colonización agrícola”, *Economia i societat a la prehistòria i món antic (Estudis d’Història econòmica, 1993 1)*, pp..13-37.

— “Fenicios en el Extremo Occidente: conflicto y violencia en el contexto colonial arcaico”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 8, 2, 2005, pp. 177-192.

WAGNER , C. G. y ALVAR, J., “La colonización agrícola en la Península Ibérica. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas”, *Ecohistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia, 2003, pp. 187-203.